

Stanley y las mujeres

A Hilly

I

ECLOSIÓN

Fue una de las veladas más exitosas de Susan. Tras las semanas de sol y calor de finales de junio y julio, el tiempo había refrescado, por lo que algunos invitados —en especial las mujeres— debieron de agradecer las velas de la mesa del comedor. La estancia, que había ordenado redecorar recientemente, parecía luminosa y alegre. El ambiente era placentero y amistoso, y todos contribuían de alguna manera a la conversación. La señora Shillibeer, la asistenta, cocinó el primer plato —sopa fría de aguacate con pedacitos de pimienta roja— bajo la supervisión de Susan, y tuvo una gran acogida. Como la tuvo el salmón frío con pepinos, mayonesa casera y una salsa de aceitunas molidas que también elaboró ella. El festín fue regado con un excelente borgoña blanco, cuatro botellas entre los ocho comensales, amén de una copita de un vino dulce del Ródano con frambuesas y crema por cabeza. Cuando Susan los llevó al piso de arriba para tomar el café, todos se sentían en plena forma.

La sala de estar de la primera planta tenía el techo bajo y una distribución poco práctica, pero Susan se había esmerado en convertirla en un lugar agradable, adornándola con lámparas cuidadosamente elegidas, además de alfombras y vistosos cojines. Cada uno de los cuadros que colgaban de las paredes tenía, en cierto modo, un significado especial para ella, pues eran obra de artistas a los que conocía o regalos de amigos. En un mueble de madera hecho a medida descansaban los vinilos —música de orquesta, instrumental y de cámara en su mayoría—, junto a parte del equipo de alta fidelidad, un tanto anticuado. Sin embargo, como era de esperar, había libros por todas partes. No de ciencia o de historia, pero sí alguna que otra biografía, unos cuantos ensayos y, por supuesto, una gran cantidad de obras de teatro, poesía, novelas y relatos. Sus dos recopilaciones de artículos se encontraban en medio de los ensayos.

La mayoría eran ejemplares para reseñar que distintas editoriales enviaban a la sección de libros del *Sunday Chronicle*. Algunos los vendía por lotes cada cierto tiempo para conseguir un provechoso sobresueldo que, en cierto modo, compensaba sus emolumentos como asistente del redactor jefe de las páginas literarias. Aunque jamás conseguiría compensarlo del todo, habida cuenta de que desempeñaba buena parte del trabajo que correspondía a su jefe, además del suyo propio. El viejo Robbie Leishman Jamieson, por supuesto, estaba entre los asistentes a la velada que se celebraba aquella noche; es más, Susan la había organizado pensando en él. Entre los invitados se contaban también un novelista estadounidense, un escritor novel de ciencia ficción o algún otro género por el estilo y sus respectivas esposas. Robbie, arrellanado en el sofá gris pálido de terciopelo con un vaso tallado de whisky de malta en la mano, era el centro de atención. Susan no dejaba

de animarle para que les contase las mejores anécdotas de Evelyn Waugh, en particular la referida a Noël Coward y el nuncio papal (tuvieron que explicársela a la mujer del novelista estadounidense).

De Susan se decía que, a estas alturas de la vida y tras haber conseguido superar un duro bache en el pasado, las cosas no le iban demasiado mal. Todavía era joven cuando se casó con un tipo del que nadie parecía saber gran cosa, un pintor o ilustrador de libros fracasado con el que había contraído matrimonio, según ella misma relataba, para fastidiar a sus familiares, y del que se divorció en cuanto descubrió que a estos no les faltaba razón. Después de aquel desatino, convivió durante seis años con un dramaturgo de izquierdas algo más reconocido, pero no llegaron a casarse, puesto que él ya tenía esposa y, pese a ser progresista, era católico y no se encontraba entre los partidarios del divorcio. La relación duró hasta finales del 78, cuando su mujer enfermó y él volvió con ella. El 12 de febrero de 1980 Susan se casó con su segundo, y actual, marido, y ese mismo año nos mudamos a una casona victoriana de ladrillo, cerca del estanque de Hampstead, que fue en tiempos propiedad de un anticuario y poeta menor de la época.

Susan cumplió treinta y ocho años dos semanas antes de la fiesta en honor a Robbie Jamieson. A simple vista, no parecía más que una mujer alta que caminaba algo escorada, con las manos a la altura de los codos y el ceño fruncido. Pestañeaba más de la cuenta y solía morderse el labio superior y envolverlo con el inferior, como en un gesto de duda. Cuando se ponía alguna de sus rebecas grises o uno de sus tristes vestidos oscuros de verano, podría haber pasado por una bibliotecaria o incluso por una secretaria municipal, pero solo durante un segundo, hasta que alguien reparaba en ella. En las distancias cortas, como durante una

conversación, uno se daba cuenta de que en realidad era más joven de lo que parecía, de que tenía buen tipo y unos rasgos bastante atractivos: los ojos grandes de color castaño claro, la boca perfilada de una forma muy peculiar y el pelo oscuro y brillante, quizá un poco encanecido, aunque no tanto como para ocultar la intensidad del negro original. Era una mujer inteligente, nerviosa y divertida, hasta se diría que entregada o leal cuando dedicaba a alguien toda su atención. Se podía afirmar que en cierto modo conservaba su inocencia y, también, su belleza. Es verdad que carecía de esa expresión retraída que suele observarse en las mujeres hermosas, pero alguna palabra debía utilizar para definir el conjunto de sus atributos —tan especiales que ni siquiera se veían versiones peores—, y la más corriente, «bella», se me antojaba la más acertada. En cualquier caso, siempre que me pongo a reflexionar sobre el asunto, llego a la misma conclusión, y aquella noche, mientras la ayudaba a llevar las tazas de café y los vasos a la cocina después de que los invitados se hubieran marchado, le dije que estaba muy guapa.

—¡Qué bien! —dijo, besándome—. ¿De verdad te lo parece? ¿Incluso con estas pintas?

—No sé a qué te refieres —repuse.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no te has dado cuenta de que llevo algo que se asemeja peligrosamente a un camisón pasado de moda y de que ni siquiera me he pasado un peine por el cabello?

—No he hecho ningún comentario al respecto. ¿O sí lo he hecho?

—¡No hacía falta, hombretón! Cuando la anfitriona, o sea, yo, ha aparecido en la fiesta, irradiabas desaprobación. Cortés, pero desaprobación al fin y al cabo. Te habrá durado unos tres segundos más o menos.

—Pues yo no creo que haya irradiado nada en absoluto. Eres tú la que te has imaginado que me sentía así, que no es lo mismo.

—Bueno, pero tengo razón, ¿o no? Así que lo mismo da que me lo haya imaginado o que en realidad fuera cierto que desapruebas mi atuendo... Y no es que me queje, te lo prometo.

—No creo que sea egoísta ni motivo de chanza ni que me convierta en un judío o en un gánster que me guste ver a mi mujer arreglada y derrochando estilo —repliqué—. Y eso incluiría un vestido bastante más caro que el que llevas. Y mucho más aparente. Además de unos pendientes o algo...

—Claro que no es motivo de chanza, querido... En realidad, me parece adorable por tu parte, pero ya sabes que soy un caso perdido. Me acabaría derramando la sopa encima de unos trapitos tan caros. De hecho, ya me he manchado, mira... —Acercó un extremo de la falda a la luz—. Más bien parece mayonesa. ¡Mierda!

Me las ingení para cambiar de tema. A pesar de lo que acababa de decir, Susan siempre llevaba el pelo bien cortado y arreglado, aunque su despreocupación por la apariencia no podía ser más firme en todo lo demás. Esta actitud guardaba una estrecha relación con sus ideas sobre el arte y su condición de escritora, el núcleo de su existencia, en el que nunca quiso que me entrometiera. A mí me parecía una pena no sacarle el máximo partido a un cutis tan extraordinario y con tan buen color como el suyo, pero siempre he sido un gran defensor de dejar a la gente decidir sobre su propio aspecto y, en todo caso, poco podía haber hecho yo. De modo que cuando me preguntó de mil maneras diferentes si creía que la velada había sido un éxito, no solo respondí lo que quería oír, sino que lo afirmé con todo el énfasis que fui capaz de

reunir. Sabía a ciencia cierta que el menú había causado sensación, que el viejo Robbie lo había pasado en grande, que los estadounidenses habían caído en gracia y además se habían divertido, y muchas más cosas por el estilo, aunque a decir verdad no me pareció que Susan albergara demasiadas dudas respecto a su rotundo éxito esta vez. Para entonces, habíamos terminado de llevar las cosas a la cocina y estábamos de vuelta en la sala de estar.

—¿Nos tomamos un último trago? —propuse.

—¿Por qué no? —dijo Susan, arrugando el rostro.

Le serví un brandy cortito y me puse a mí un whisky escocés con agua, también corto. Caí entonces en la cuenta de que ya me había bebido unos cuantos aquella noche.

—Ay, el buenazo de Stanley... —dijo con una voz ligeramente soñadora—. Sin él nada de esto habría sido posible.

—¿A qué te refieres? Si lo has organizado tú todo.

—Justo a eso me refiero.

—Cierto que me he encargado de los vinos, y creo que puedo arrogarme parte del mérito. El moscatel de Beaumes-de-Venise, en concreto, nunca falla. Creo que incluso al viejo Robbie le ha gustado, ¿no te parece?

—Querido, lo que intento decirte es que te agradezco que hayas permitido que la noche se haya desarrollado justo como yo pretendía, sin entrometerte, a pesar de que estas veladas no son para nada de tu agrado. Y lo mismo has hecho conmigo: dejarme vivir a mi manera, en la medida de tus posibilidades, aunque no siempre haya sido, me figuro, la vida de tus sueños.

Nos miramos. Ella sonrió y entrecerró los ojos, un gesto típico suyo.

—No me habrás oído quejarme —dije—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Vamos arriba.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando sonó el timbre de la puerta principal, un zumbido corto, pero no lo suficiente.

—¡Mierda! —protestó Susan, tan molesta por la interrupción como yo.

No había nadie al otro lado del telefonillo cuando lo descolgué de la pared, pero tampoco silencio, sino más bien un sonido que se parecía al rumor estrepitoso de una caracola. Repetí mi «hola» unas cuantas veces más, pero seguí sin escuchar respuesta alguna.

—Será algún borracho que vuelve a casa —dijo Susan.

—No lo creo, a estas horas... Lo mismo uno de los invitados se ha dejado algo... Más vale que vaya a mirar.

La puerta principal estaba al fondo de un breve pasillo acristalado, sobre un desnivel del terreno. La abrí, eché un vistazo alrededor y ni siquiera cuando me asomé al exterior vi nada que no fueran farolas y algún coche aparcado. Estaba ya a punto de regresar cuando oí algo, una o dos palabras susurradas con voz de hombre. Dije «hola» una vez más, pero tampoco esta vez obtuve respuesta. Entonces, tras otro silencio, escuché de nuevo la misma voz titubeante.

—¿Papá?

—¡Steve!

No podía ser nadie más, pero seguí sin reconocer la voz. Supe que algo iba mal antes incluso de que pudiera siquiera elucubrar una sola razón, y al mismo tiempo sentí que la leve sensación de embriaguez que me embargaba segundos antes se había esfumado por completo. Tras caminar unos metros calle arriba me encontré con mi hijo junto al garaje

de la casa de al lado, o quizá acabara de doblar la esquina. Por entonces tenía diecinueve años y era un chaval más alto, más rubio y menos calvo que yo, por supuesto. Vestía su conjunto habitual: chaqueta y pantalones oscuros y una camisa clara con el cuello abierto. Me dio la impresión de que evitaba mirarme a los ojos, aunque no podía estar seguro bajo la luz escasa e intermitente de las farolas. Esta vez no nos abrazamos como solíamos.

—Me alegro de verte...

—¿Te importa que pase un momento?

—Claro que no. ¡Qué alegría, Steve! ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Bebida, cama, comida? Lo que quieras, dentro de lo razonable...

Y entonces me di la vuelta para regresar a casa, pero él no se movió del sitio.

—Hay gente dentro, ¿no?

—No. La ha habido, pero ya se han marchado todos. Estamos Susan y yo solos. ¡Vamos...

—¿Conservas las fotografías a color que hice en España aquel año?

—Oye, es cierto, ¿no se suponía que estabais en España? Tú y..., ¿cómo se llama?, tú y Mandy. ¿Cómo es que no estáis allí? ¿No llegasteis a ir o qué?

—¡Ah, sí...! Lo que pasa es que necesitaba aclarar las ideas.

—¿Cómo? —Esto último me mantuvo un rato preocupado, hasta que decidí catalogarlo como una más de esas expresiones huecas que él y sus amigos se sacaban de la manga y agotaban al cabo de usarlas continuamente semanas o meses—. ¿Pero llegasteis? ¿Cuándo habéis vuelto?

—Justo ahora.

—Querrás decir hoy.

—Justo ahora. Acabo de llegar a Victoria y he venido andando.

—¿Todo el trecho desde Victoria? No puede ser. Serán como unos...

Unos diez kilómetros, calculé después, y en su mayor parte cuesta arriba. Pero no parecía que Steve estuviera para calcular distancias ni nada por el estilo. Permaneció en el asfalto como si estuviera haciendo cola para comprar algo, sin mirarme directamente. No es que estuviera frío o arisco, sino que más bien se me antojaba desprovisto del interés cordial que siempre solía mostrar por su interlocutor, quienquiera que este fuera. De repente me sentí un perfecto idiota, un padre desastroso, entrometido, tiquismiquis y torpe que se dedicaba a atosigar a su hijo con preguntas banales sobre taxis y autobuses, sobre su equipaje o por qué no había llamado. En realidad tenía en la cabeza otras tantas preguntas —bastante más duras— acerca de su estado de ánimo, pero estas últimas se quedaron donde estaban.

—¿Entramos? —dije casi por decir, como si lo último que quisiera en el mundo fuera presionarle a hacer algo que no deseaba (no sabía muy bien por qué).

—De acuerdo.

Nos encontramos a Susan en el vestíbulo.

—Estaba... Oh, Steve, hola... Eras tú... ¡Qué maravilla, cariño! —dijo—. Te hacíamos de viaje. —Me tranquilizó que Susan no pareciera advertir nada fuera de lo normal, ni siquiera cuando fue a abrazarle y la primera reacción de Steve fue apartarse. Prosiguió—: Tu padre y yo estábamos tomando un último trago arriba. ¿Llegaste a ir a España al final? ¿Dónde era? No me refiero a ese maldito lugar al que van todos los británicos, ¿cómo se llama? No, Torremolinos no. En fin, es un consuelo... Dicen que está todo muy barato por allí.

Continuamos nuestra conversación en los sofás del piso superior y Steve empezó a espabilarse. No era el de antes, pero su actitud bastó para convencerme de que tan solo estaba cansado, o tal vez avergonzado por alguna razón que no tardaría en revelarnos en cuanto se relajara un poco, si bien yo sabía que no era un chico dado al cansancio ni a la vergüenza. Pero entonces Susan se acercó a él con la intención de hacerle un gesto de cariño (a nadie se le habría ocurrido pensar otra cosa) y yo me di cuenta de que hizo un ademán de repliegue.

—Cuéntame, Steve —dijo—, ¿Mandy sigue leyendo *La mujer del teniente francés*? Recuerdo que me dijiste que lo llevaba a todas partes. Es un gran libro, ya lo creo que sí...

—Por su tono y actitud Susan parecía toda una experta en disimular las emociones. Mostraba una extrema delicadeza con Steve y apenas se le notaba el esfuerzo, aunque me imagino que no debía de resultar fácil para ella: su acento, por ejemplo, era bastante peor que el mío.¹ Fui plenamente consciente de que tenía buena mano para este tipo de asuntos cuando, después de un largo e incómodo silencio, comenzó a hablar.

—Mandy y yo no tenemos gran cosa que decirnos, ya sabéis a lo que me refiero... Vamos, que no tenemos problema para hablar, eso no, pero lo cierto es que no conseguimos comunicarnos. Así que llegó un momento en que pensé: «Esto no va a ninguna parte». Pero todo siguió tal cual, como si nada, y acabé por concluir que sería mejor que intentase aclarar mis ideas, ya sabéis, poner en orden las cosas, antes de tomar una decisión definitiva. Porque esto es algo que debo hacer solo, ordenar la...

1. La diferencia de acentos entre clases sociales en el Reino Unido es muy marcada. Además de delatar los orígenes del hablante, a menudo constituye una barrera en la comunicación cotidiana. Este será un tema recurrente a lo largo de la novela. (*Todas las notas son del traductor.*)

Le llevó un tiempo soltarlo y, de hecho, intercaló varios silencios antes de arrancarse a hablar. En cierto modo, tenía su gracia el contraste entre la importancia que Susan y yo quisimos conceder a su relato y lo que al final terminó contándonos, pero yo pensé que, dadas la originalidad y la elocuencia propias de su generación —o cualquier otra cosa—, tampoco era para tanto. Lo que más duro me resultó, mientras permanecía sentado escuchándole, no fueron sus palabras, ni siquiera el tono que utilizó, arrastrado y desganado, aunque no más que el de cualquier persona cansada de tener que dar explicaciones y con ganas de acostarse tras una larga caminata. No. Lo realmente duro fue verle prescindir de los sonidos inarticulados y de los sutiles movimientos faciales y corporales que nos acompañan cuando hablamos, de esos consabidos gestos que nos permiten hacernos entender. Nunca pensé que un cambio a mal pudiera resultar tan evidente y menos aún que, una vez lo hube advertido, fuera a llevarme alrededor de medio minuto caer en la cuenta de lo que allí sucedía. Aunque si bien es cierto que Steve frunció el ceño mientras hablaba, lo hizo durante un breve espacio de tiempo y contra nada en particular, o quizá yo no llegué a percatarme de cuál fue el motivo. Por lo demás, carecía de toda expresividad; incluso cuando dijo aquello de «aclarar las ideas» fue incapaz, pese a que creí que lo haría, de dirigirme un gesto de reconocimiento con respecto a la conversación que habíamos mantenido fuera, aunque él sabía que me divertía —o me espantaba— que hubiera repetido palabra por palabra la misma expresión. Esa fue la peor parte.

—Deduzco que has dejado de salir con Mandy —dijo Susan con acierto.

—Bueno, tampoco es que me pierda gran cosa.

—Y ella, ¿se va a quedar en España una temporada?

—... Decidir lo que tengo que hacer.

Hubo otro silencio. Me tranquilizó que se pusiera en pie de un salto, sin el menor síntoma de cansancio, pero, de repente, en apenas un segundo, recayó en la desgana y la abstracción. Farfulló algo sobre un vaso de agua.

—Por supuesto —dije, mirando al otro lado de la sala, donde solíamos guardar la bandeja con las botellas de Malvern y Perrier, pero esta se encontraba abajo, con el resto del menaje—. Lo siento, no está...

—No pasa nada, ya voy yo.

—¿Se puede saber qué le ocurre? —preguntó Susan cuando Steve ya había salido.

—Está agotado. Ha venido caminando desde Victoria, o al menos eso ha dicho...

Casi como si hubiéramos estado esperando con impaciencia la ocasión, pasamos a repartirnos los papeles de fiscal y abogado defensor. Susan seguía preguntándose por qué no había cogido un autobús o un taxi. Por las colas en la estación, repuse. ¿Ni una llamada siquiera? Los de su generación son así. ¿Y por qué no trae equipaje? A esto no supe qué responder. No llegamos a acalorarnos, ni mucho menos, pero así y todo resultó extraño, más aún teniendo en cuenta que Susan había hecho un gran esfuerzo por comprender a Steve, y además parecían llevarse perfectamente. Bien mirado, quizá no fuera tan extraño, sino la consecuencia lógica de ser padre y madrastra, y tal vez algo anticuados. Desistí en cuanto Susan mencionó el pasaporte.

—No —respondí—. No creo que lo lleve encima. Ni tampoco dinero.

—Bueno, podrías... —Se interrumpió a sí misma—. Entonces es imposible que haya venido de España. ¿Dónde habrá estado?

—No tengo ni idea... Creo que voy a ir a por una cerveza.

—No te culpo —dijo ella, que sabía que lo de la cerveza era un pretexto para seguir a Steve de cerca.

Cuando llegué al pie de la escalera, los zarandeos y las sacudidas de las cañerías retumbando en las paredes y por toda la casa me produjeron la misma sensación de cuando uno está en un barco de vapor de esos que cruzaban el Canal. Una vez en la cocina, oí el sonido del agua cayendo en el fregadero. Enseguida vi los charcos, no muy extensos ni profundos, en el suelo y la encimera. Al entrar descubrí a Steve contribuyendo a la inundación con el bamboleo de un vaso. Lo sujetaba con una mano y parecía afanarse en aclararlo a conciencia, una y otra vez. Incómodo por haber bajado a espiarle, pasé por delante de él en dirección a la nevera, saqué una lata de cerveza rubia Carlsberg y la abrí. Él sabía que yo estaba ahí, pero pareció darle igual, o quizá no tanto, puesto que cerró el grifo y volvió a abrirlo el tiempo justo para llenar el vaso, bebérselo de un trago y llenarlo de nuevo dejando correr el chorro al máximo, aunque sin el menor signo de estar disfrutando. Parecía que hubiese hecho una apuesta con alguien sobre la cantidad de vasos que podía beber. Obviamente, yo no tenía forma de saber cuántos se había bebido antes de que yo llegara.

Cuando estaba a punto de empezar la cuarta ronda, cogí uno de los vasos, eché en él la cerveza y tiré la lata a la basura. A partir de ese momento me sentí de más en la cocina y traté de obligarme a salir de allí. Quizá debí haber dicho algo. Recordé haber leído en alguna parte que los hijos pueden llegar a apreciar en cierto modo la disciplina.

—Vente a tomar un trago de escocés. —Procuré imprimir delicadeza y tacto a mis palabras—. Tanta agua no puede ser buena.

Me miró por primera vez. Fue una mirada fulminante que duró menos de un segundo. «¡Me cago en Dios!», gritó, tan alto que di un respingo. Tras un extraño instante de duda, lanzó el vaso medio lleno contra el suelo y salió pitando de la cocina. Al cabo, oí un portazo suave en su antigua habitación, en la última planta de la casa.

Susan me encontró barriendo los pedazos de cristal. Quise quitarle hierro a lo ocurrido, hacerlo pasar por un episodio normal y corriente, pero fracasé de pleno. Ella me escuchó con atención y al final me dijo, en un tono bastante razonable, que nadie en su sano juicio querría ni necesitaría beber tanta agua. Y a mí no me quedó otra que darle la razón.

—Eso de estrellar vasos de agua contra el suelo no es normal en él, ¿verdad? —preguntó Susan—. No, esa es la cuestión.

Steve era un chaval tranquilo y afable, capaz de salir airoso de enfados y frustraciones —cierto que no tanto entonces como de niño—, y nunca había manifestado impulsos violentos de ningún tipo.

—No parece que esté... Algo le ha sacado de sus casillas.

—Por supuesto que algo le ha sacado de sus casillas —dijo Susan, y asintió con la cabeza varias veces. Sin duda ella había creído que la frase escondía más de lo que quise decir al pronunciarla—. Te apuesto lo que quieras a que sé de dónde viene, y ese lugar está muy lejos de España, salvo que *ella* también haya estado allí. Eso lo explicaría todo, supongo.

Se refería a Nowell, mi exmujer y madre de Steve, casada en segundas nupcias con un tal Hutchinson. Me dejó por él en 1974 y desde entonces, o más bien desde que concluyó el embrollo legal subsiguiente, no nos habíamos vuelto a ver más que en un par de ocasiones. Steve rara vez la mencionaba y yo había dejado de preguntar por ella hacía mucho.

—No lo sé. Dudo que se vean demasiado.

—¿Y qué me dices de aquella vez que apareció sin avisar, después de un partido de críquet, y no habló en toda la tarde? Resultó que su madre había estado colocada todo el tiempo que había pasado con ella en el piso de Shepherd's Bush. ¿No te acuerdas?

En diferentes circunstancias habría disfrutado, como tantas otras veces, del tono de voz con el que mi mujer se refería a Nowell. No había en él rastro de hostilidad. Solía referirse a ella de un modo bastante objetivo, aunque tal vez un tanto interesado, poniendo la misma cara que habría puesto de haber estado leyendo en alto frente a la familia.

—Sí, pero eso fue hace años. —Me pregunté si habría sido capaz de continuar con su discurso si alguna vez hubiera coincidido, aunque fueran cinco minutos, con Nowell.

—¿Y la excursión del colegio? —Susan me miró y recobró su tono de voz habitual, aunque me habló algo más bajo que de costumbre—. ¿Qué crees que ha ocurrido? Dímelo tú.

—No sé qué pensar. Quizá haya discutido con Mandy. No es que lleven mucho tiempo juntos, pero...

—¿Tres meses? Juraría que eso es mucho tiempo en sus mundos, ¿tú no?

—Sí.

Finalmente, apagamos las luces, cerramos las ventanas y subimos a nuestra habitación, en la segunda planta. La de Steve se encontraba en el mismo piso, junto a un tramo en curva de las escaleras. Traté de recordar si la cama estaba hecha, pero enseguida me dije que había suficientes mantas a su alcance y que ya no tenía cinco años. Cerré nuestra puerta. Susan se acercó a mí y me abrazó.

—Tú también estás enfadado, ¿verdad? Aunque de otra forma.